

El pensador de Rodin (Tríptico darwiniano, III *)

III

Entraron abuelo y nieto al zoo tal como se los ve siempre según el clásico esquema. Cierto que los abuelos tienden ahora a ser más jóvenes; es decir, que aquello de la barba blanca y el bastón quedaría relegado, si acaso, para el bisabuelo. Pero hay moldes que se repetirán siempre, como las rosas de maíz, los maníes, el chocolate, todo para atender el noble metabolismo. Y también la perfidia incluida en ciertos materiales desechables. Esto último ya ha sido captado por los animales, y su reacción es así mismo típica: escupirlos, dice el guanaco, y a veces hasta incluyendo el bolo alimenticio; colocar en fila las dádivas, elegir lo que sirva y arrojar la broma por encima del lomo, según los elefantes; gratificarlos con actos obscenos, dicen los monos practicando las mismas indecencias del hombre, aunque lográndolas con más gracia. O sea, y en todos los casos un comportamiento cada vez más liberal y atrevido, como si dieran el ¡ufa! cada domingo, como si vieran al trasluz a sus visitantes, pero siempre tal si la inteligencia, mi querido Charles, hubiese hecho su vuelta redonda hacia la bestia dejando a la criatura humana desubicada en la escala, o más bien volviendo a aquella estupidez que debió ser la de los dinosaurios, tan grandes que no podrían vislumbrar su probable fin, aunque, eso sí, mejor para ellos, porque el fin pensado es el principio del mismo fin, y si mis soldados pensaran me quedaría sin soldados, supo decir alguno que no viene al caso nombrar, pues para qué, lo principal y eterno es lo dicho, no el perecedero dicente.

El chimpancé me pareció ese día más triste que nunca. Estaba sentado sobre un madero a modo de banco, apoyaba la mandíbula en la palma de la mano izquierda, el codo en la parte inferior del marco de la reja y tenía los ojos puestos en algo que debería estar muy lejos, o por lo menos no se veía. Hice la prueba de mirar hacia eso, pero no había más que otras jaulas, otros animales, gente grande, chicos como yo aunque tal vez más inteligentes, pues se los oía leer en las placas el nombre de cada huésped. En mi caso el diagnóstico de la psicóloga infantil consultada había sido de disléxico. No sé lo que quiere decir la palabra, o mejor de dónde viene, y si es que está en los libros no lo podrá descubrir ya que no leo. Mis compañeros del colegio me llaman el Diccionario Cerrado, pero no lo soy tanto. A veces abro alguno para mirar las figuras, principalmente las de animales, y veo por dentro unas filas horizontales en blanco y negro, vaya cosa aburrida. Y también el mismo pelmazo en los diarios, las revistas, las leyendas de la TV. Y el asunto, que permanecía oculto, se descubrió en la maldita escuela. Porque de pronto, y luego de las primeras acusaciones de pereza y hasta de castigos que no dieron resultado, se cayó en sospechas: yo era un fenómeno de esos que no leen, y si acaso copian la letra no saben después lo que escribieron. Y esto que ustedes están viendo no lo escribo tampoco, simplemente lo transmito gracias a algo que aprendí del Pensador del Zoo, un secreto entre él y yo, lo único que puedo revelar por ahora.

Lo cierto fue que se armó un gran alboroto luego del fallo de la psicóloga y también

* La parte I de este texto se publicó en Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, Caravelle, Toulouse, 1975. La parte II en Maldoror, Montevideo, 1976 (Nota de J. M. G. R.).

de los médicos, quienes me andaban alrededor como moscas al dulce. Que se haga lo más que se pueda para descubrir las causas, oí decir a mi madre cierta vez, pero eso de enseñanza especial no, todo el mundo se enteraría, mejor mantenerlo tapado. Me analizaron la sangre, la saliva y otras cosas. Me aplicaron unas pruebas como para imbéciles que ellos llamaban tests, algunos de los que me resultaron divertidos porque al menos podía engañar a todo el mundo diciendo o haciendo lo que no se debía, y también un examen nombrado como electroencefalograma, y eso sí que metía miedo, casi escapo del laboratorio. Y otras majaderías conocidas como pruebas de motricidad, y de sílabas, y de palabras, y de sonidos. Mi padre y mi madre tuvieron largas sesiones en la clínica hablando de sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y más allá, dibujando para eso un árbol con raíz, tronco y un gran ramerío terminado en un pequeño gajo seco y sin más retoños en el que dijeron me encontraba yo. Pero ahí no terminaba todo, ya que debieron ir de nuevo con una lista de las causas de muerte de cada una de aquellas vejeces, consiguieron y llevaron cartas amarillas escritas en años que parecían el principio del mundo, y para eso fue necesario que cada uno demostrara su buena memoria y sobre todo para el dar y recibir los reproches como va y viene la pelota en el fútbol. No, tus padres no fueron tan ilustrados como los míos, oí una vez, y a continuación esto: ni los tuyos tan sanos como me habías hecho creer. Y así se arrojaban todas las noches al acostarse una cantidad de cosas que yo escuchaba desde el cuarto o yendo a poner la oreja tras la cerradura del de ellos. Hasta que en una ocasión me llegó algo tan extraño dicho por mi madre que me pareció sacado de un cuento de terror:

—Me abrí paso entre las telarañas y el polvo del desván y allí he visto uno de los álbumes de daguerrotipos y fotos de familia que por suerte no había quemado como lo pensara muchas veces.

—¿Y qué has encontrado de particular, si se puede saber? —dijo mi padre desde el cuarto de baño donde se cepillaba los dientes.

Ella demoró un poco en responder, parecía querer jugar, o a lo mejor se habría llenado la boca de horquillas como lo hacía siempre. Hasta que al fin soltó la novedad.

—He visto que tu bisabuelo, es decir, el tatarabuelo del niño, tenía cara de mono. Sí, era un verdadero mono con lentes y muy bien vestido sentado en un sillón junto a un árbol, pero pelando una banana con ambas manos.

—Así se pelan las bananas fuera del protocolo, según creo.

—No, tu antepasado no utilizaba una mano delicadamente para sostener y la otra para mondar, la forma como lo hacía era muy rara, y tal hombre no debió aprender a leer, de eso estoy segura.

—El fue... ejem... no sé lo que fue, pero tengo noticias de que hizo mucho dinero, todo lo que poseemos hoy salió en un principio del hombre de la banana, querida señora, y no de tu pobre gente.

Como ella era mujer empezó a llorar, y entre sollozo y sollozo se le oía decir que la dislexia de la criatura, yo, vendría de tan lejos, mi tercer abuelo. Y él, siendo hombre, a echarle en cara su falta de tacto en el hablar de los demás, quizá heredado de algún otro antepasado que ni siquiera se sentaría para comer bananas, pues en una familia tan miserable como la suya las reuniones se harían en cuatro patas antes que el *Ramapithecus* se pusiera de pie hacía catorce millones de años, y por consiguiente a suelo limpio.

Todo eso empecé a recordarlo mientras llegaba frente al mono con el abuelo, un hombre tan bueno para mí que a veces hace pensar que los libros estuvieran de más, ya que él lo sabe todo. Y lo extraño es cómo llega a transformarse en un chico de diez años al estar conmigo y yo no puedo hacerme viejo ni por un minuto para meterme en él.

—Ese mono se parece —logré decir encontrando al fin palabras y no más ideas tontas— a aquella estatua que vimos en una plaza, aunque la mano la colocó en forma distinta.

El abuelo miró al chimpancé que seguía en la misma posición, luego se echó a reír y exclamó casi sobresaltando al animal:

Es claro, al Pensador de Rodin, sólo que aquel hombre debería estar preocupado por cosas más profundas cuando posó.

—Abuelo —le pregunté como lo que yo era, un pobre disléxico— ¿y si el pensador de la plaza no hubiera aprendido nunca a leer podría igualmente pensar?

Eran mis salidas de siempre. Parecía no sorprenderlo ya con nada, como si el tiempo que no perdía en leer, es decir el tiempo almacenado en mí, quisiera gastarlo en averiguar, y qué cosas, murmuraba el viejo, lindando con la filosofía, y qué podría ser la tal filosofía mascullaba yo, algo de seguro muy enredado cuando sólo pronunciar el nombre requería un sacrificio para la lengua volviéndola tartajosa.

Y ahora estoy junto a ellos en la mesa. Comen cada cual a su modo, se pasan la sal, el vino, el pan, los malos pensamientos. Yo, si lo supieran morirían, hace tiempo que salgo de la escuela quince minutos antes de la hora señalada para la estampida de los búfalos. La maestra parece haber considerado que un niño puede ser disléxico pero no mentiroso e hipócrita por añadidura, y eso de ir a ver si su abuelo, que enviudó y está solo, ha recordado tomar su medicamento de antes de las cinco es un buen gesto del chico. Pero yo, que vivo en camino del Zoo, lo que hago es entrar allí para algo que aún no entiendo. Pago con lo que no gasté en merienda, en dulces y hasta en inútiles cuadernos para una escritura de copia que dicen práctico al revés. Y el Pensador está siempre en lo mismo, la palma de la mano bajo la mandíbula, el codo ya pelado en la barra, y qué lástima, lo que siento entonces hacia él nunca lo podré ver escrito por nadie, es como un camino que piso yo solo. Se trata de algo que me abriga hacia adentro igual que si me transformara en leche tibia, y a veces hasta parezco derretirme como una vela cuando me le acerco. No, no me duele nada, más bien quisiera seguir sintiéndolo, me baño en miel, en caramelos fundidos, yo no sé cómo se llamará eso en los famosos libros, pero qué libros tan mudos para mí como el buzón de la puerta del Zoo que se traga las cartas sin saber lo que engulle.

El primer día de mi escapatoria él no me dio importancia. Continuaba allí mirando aquello que no se veía, pero la ventaja estaba en que no fuera el domingo, y aunque el tiempo resultara corto yo tenía mi plática recordando alguna de esas películas que los grandes llamaban de amor y otras cosas así de aburridas. Pero algo me decía que iba a progresar, que el Pensador un día cualquiera repararía en mí, el pobre lampiño al que habían separado de él cada vez más aunque pareciéndosele tanto.

De ese modo pasó una semana sin mucha suerte, hasta que se me ocurrió una idea brillante: subir al depósito de trastos viejos que mi madre había llamado el desván para echar una mirada a los álbumes. Vi de todo un poco, cunas apolilladas, caballos de